

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

Había un hombre rico, que vestía de púrpura y de lino finísimo, y cada día tenía convites espléndidos. Y había allí un mendigo llamado Lázaro, que yacía a la puerta del rico, lleno de llagas. Y aconteció que cuando murió aquel pobre lo llevaron los Angeles al seno de Abraham. Y murió también el rico y fué sepultado en el infierno. Y alzando los ojos, cuando estaba en los tormentos, vió de lejos a Abraham y a Lázaro en su seno. Y él, levantando el grito, dijo: Padre Abraham, compadécete de mí y envía a Lázaro que moje la extremidad de su dedo en agua, para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. Y Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tú bienes en tu vida; y Lázaro también males; pues ahora es él aquí consolado y tú atormentado. Fuera de que hay una sima impenetrable entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de ahí pasar acá. Y dijo: Pues te ruego, Padre, que lo envíes a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que dé testimonio, no sea que vengan ellos también a este lugar de tormentos. Y Abraham, le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas: óiganlos.

(San Lucas, cap. 16.—Vs. del 20 al 29).



Luz de mis ojos.

A LA VIRGEN DEL CARMEN

Pisando de la vida duros abrojos,
peregrino de amores, flor del Carmelo,
a tu altar he venido, luz de mis ojos,
buscando en tu regazo paz y consuelo.

Madre de mis amores, Virgen clemente,
estrella de los mares y vid florida,
escucha mi plegaria, triste y ferviente...
Mírame con dulzura, sol de mi vida.

A Ti suspira el alma, con triste canto,
expresión de sentires, que pena y llora...
Acójeme, benigna, bajo tu manto,
no desdeñes mi trova, Reina y Señora.

Procelosa es la vida como los mares,
que riza en sus furores, sañudo, el viento...
Así tengo yo el alma con los pesares,
anegada en las olas del sentimiento.

Pero Tú eres, Señora, luz de bonanza,
consuelo de mis penas y mis dolores...
Por eso yo te invoco con la esperanza
de alcanzar la ventura de tus amores.

A tu altar he venido, flor del Carmelo,
pisando de la vida duros abrojos...
No me niegues, Señora, paz y consuelo,
que yo te quiero mucho, luz de mis ojos.

ANDRÉS RUBIO POLO.

Salamanca, 5 de Julio de 1918.



IN MEMORIAM

Don José de Lamano.

Escribo estas cuartillas en la seguridad de que
estás leyéndolas desde el cielo.

La noticia de tu tránsito no me sorprendió poco
ni mucho: cuando la fruta madura en el árbol, no
puede menos de caer.

Desde niños, me quisiste como hermano; juntos
asistimos muchos años a clase; después has sido
mi padre, mi consultor, mi médico, mi consejero,
mi brazo derecho. Dios sabe cuánto te debe la
obra de los mendigos transeuntes.

No puedo juzgarte como sabio: a buena parte
podías tú venir, después de llevar veinticinco años
evangelizando aldeanos. Tal vez algún día en EL
MENDIGO, del cual eras redactor, publique algo de
nuestra correspondencia íntima para edificación

de nuestros hermanos; en tu vida no me hubiera atrevido; pero la muerte me confiere ese gran poder.

No podías vivir más: tu alimento, que muchas temporadas consistía en un huevo con un sorbo de leche, sería suficiente para un hurón, pero no para un hombre; tu alma gigante no cabía en aquella envoltura de barro. Pero en esos pocos años hiciste prolongada carrera.

Los que te veían siempre con aquella sonrisa angelical en los labios, no sabían, como yo, que pasabas largas temporadas con una desolación espiritual tan grande, que si Dios la cargara sobre mis débiles hombros, rendiría en seguida el aparejo. Cosas del divino Jesús, para hacer más brillante tu corona. ¡Y qué bien lo disimulabas!

Tus santos y sabios directores espirituales te llevaron a la vida de apóstol, en el púlpito, confesionario, en los libros, en la cátedra, en la Unión Apostólica y en la prensa, haciéndote luchar denodadamente contra tu inclinación, casi irresistible, a la vida ascética y al estudio; creo que luchaste contra ella sin hacerla morir por completo.

Un carísimo redactor de EL MENDIGO me tira de la lengua en el artículo que te dedicó en el mes pasado en nuestro humilde periodiquín, para que publiques tu característica. Le debo mucho y voy a satisfacer su santa curiosidad. Otros pueden pensar del caso como gusten; respeto la opinión de todos; tu característica, según creo, se cifra en el fiel y exactísimo cumplimiento de aquellas palabras de San Pablo a su discípulo Tito: *In omnibus teipsum præbe exemgravitate, verbum sanum irreprehensibile, ut is qui ex adverso est, vereatur, nihil habes malum, dicere de nobis.* (Ad Titum, cap. 2, vs. 7-8). «Muéstrate a ti mismo en todo, por dechado de buenas obras, en la doctrina, en la pureza de las costumbres, en la gravedad, palabra sana, irreprehensible, para que el que es contrario se confunda y no tenga que decir mal ninguno de nosotros».

Por eso, ¡cosa rara!, hemos oído, en este mundo miserable que nada respeta, calumnias horribles, procurando denigrar la honra y fama de dignísimos capitulares, sacerdotes, religiosos; pero el monstruo que había de calumniar a Pepito, no ha nacido todavía.

EL CURA DE VALDECARROS.

Junio de 1918.



Consejos a los padres de familia.

Mostraos afables—dice el Espíritu Santo—con la congregación de los pobres, porque en ellos tiene puestos Dios Nuestro Señor sus divinos ojos, y siente como propias sus ofensas y desprecios.

¡Desventurado el hombre que no repara en contristar a los pobres de Cristo! Porque sus gemidos y llantos llegarán a la presencia divina, de donde le saldrá la formidable sentencia de su castigo; porque el Altísimo se ha dignado intitularse *Padre y defensor de los pobres* y estos apellidos de Dios se mencionan muchas veces en la Sagrada Escritura.

Los que son aplicados a socorrer y dar limosna a los pobres del Señor, aun en esta vida mortal experimentarán las misericordias infinitas de Dios; porque en esta vida les dará ciento por uno, y en la otra poseerán la vida eterna, cuyas delicias no son explicables con voces humanas, como dice el Apóstol San Pablo.



DE VALDECARROS

El Santo del Director.

Misa y Comunión.—Visita a los mendigos enfermos. Donativo bien empleado.—El Cura de Valdecarros «recadero».—Los mendigos comiendo perdiz.—Felicidades.

El 21 del pasado Julio celebró su fiesta onomástica nuestro queridísimo Director. Tocó a misa media hora antes que otros días, y yo me figuré que sería por tener prisa por pedir muchas cosas al Señor, por intercesión de San Luis Gonzaga. Tuvo el consuelo el señor Cura de repartir muchas comuniones, tal vez todas ofrecidas por él: tardó a mi juicio, en el santo sacrificio, un poco más que de ordinario; nos acompañó a dar gracias, según su costumbre y salimos todos en busca de la *morena*.

Me desayuné a toda prisa y encaminé mis pasos a la rectoral, por ver si era el primero en felicitar al señor Párroco. Llamé al picaporte, y salió su madre de la cocina, sudando la gota gorda. Pregunté por el señor Cura y me dijo:

—Tomó de pie un poco de café y salió en el acto a visitar unos pobres enfermos: precisamente ayer recibió un donativo a favor del Asilo, y me dijo: estas pesetillas me están tentando la paciencia y para que no me timenten más, voy a llevarlas ahora mismo en especie a esos pobrecitos: precisamente hoy es mi santo y razón será que tomen una puchera extraordinaria. Colocó en unaces-

ta unos panes, sopa de estrella, garbanos, tocino, carne de vaca, unos trozos de perdiz guisada ya y varios pasteles de crema y guinda. No tardará en volver; pase usted al despacho y ahí puede usted entretenerse leyendo, pues yo estoy muy ocupada hoy y le ruego me dispense y permita volver a mis tareas, pues tenemos invitados a comer.

—En efecto: apenas había yo leído la famosa hoja de Orihuela, regresó el señor Párroco trayendo del brazo una cesta vacía. Le felicité afectuosamente, y le dije:

—¿El señor Cura convertido en recadero?

Sí, amigo mío: San Luis Gonzaga desempeñaba diariamente este oficio de caridad en el Hospital donde atendía, servía y consolaba a los pobres; yo recibí ayer una limosna para el Asilo y he querido llevarla hoy a los pobres de Cristo; he salido tan temprano: 1.º, por comenzar la jornada del día con una santa obra; 2.º, porque tengan tiempo de cocerse los garbanos que he llevado a esos pobrecitos; 3.º, porque espero hoy muchas visitas, y más tarde me sería más difícil salir.

—Ya me ha dicho algo su madre de usted; pero, ¿algo más que garbanos habrá usted llevado a los pobres?

—Hombre, sí; les he llevado también unos trocitos de perdiz.

—¡Jesús, María y José! Es usted, señor Párroco, el mismísimo...

—Dilo, hombre, dilo, que al fin no dirás más que la verdad...

—Iba a decir el mismísimo diablo. ¿Conque ahora que están las subsistencias por las nubes y apenas hay quien pueda alcanzar el clásico cocido, quiere usted que los mendigos tomen perdiz? ¿Cuánto cuesta una perdiz a la hora presente? ¿Qué dirá ese bienhechor cuando sepa que ha empleado usted su limosna en comprar perdices?

—Poco a poco, amigo mío; esas perdices no se han comprado con el dinero de los bienhechores del Asilo; me las regaló una caritativa y bondadosísima dama salmantina, que tiene muchas en sus dehesas. Dios se lo pague. Yo no puedo tomar esas cosas, no por virtud, sino porque mi estómago no puede con ellas; recuerde usted el aforismo del famoso Galeno: «*Toda hartura es mala, la de perdiz, pésima*». Cuando esa distinguida dama sepa el uso que hemos hecho de parte de su regalo, tal vez forme la resolución de regalarme otras pocas al año que viene, y siguiendo tan buen ejemplo los terratenientes de la provincia que tienen dehesas vedadas, no sería extraño que a la hora menos pensada recibiera yo una

tarjeta concebida en estos o parecidos términos: «El día tantos de tal, en la dehesa de X, se organizará una gran cacería; vea usted de mandar a buscar una docena de liebres o dos de conejos que regalo a esos pobres de Cristo». Cara está la munición, pero tal vez serían esos los tiros mejor aprovechados. Yo mandaré, si os empeñáis, por esas piezas de caza, aquí les agregaremos unos kilos de arroz y partiremos la ganancia en el reino de los Cielos. ¿Hace? En nombre de los pobres de Jesucristo os anticipo a todos las gracias.

Entraban unos y salían otros; el señor Párroco atendía a todos con exquisita amabilidad; yo no tenía prisa, pues sabía que el señor Cura no abandonaría su puesto; un poco después, fueron apeándose a la puerta de la rectoral, el señor Arcipreste de Alba, los señores Párrocos de Gajates, Larredrigo, Pedraza, etcétera, y entonces me levanté, besé respetuosamente la mano al señor Cura, le felicité de nuevo, y me dijo:

—A las seis y media saldremos de la novena; vente a tomar el refresco.

Prometí volver y volví; y ya de noche regresé a mi casa loco de contento, pues parecía que el señor Párroco estaba muy satisfecho y un poco mejor de salud.

Valdecarros, Julio de 1918.

Un poco de historia.

En Alguerar (Aragón) había un hombre honrado, muy piadoso con los pobres, y en un año de grande carestía de trigo, le encomendaron el granero del pueblo, para que lo distribuyese con cuenta y razón, como se acostumbraba.

El piadoso operario no tenía corazón para dar poco a los pobres; por lo cual, si un pobre hombre que tenía mucha familia le pedía una fanega de trigo, le daba un cahiz y así acabó luego con el pósito del pueblo.

Pidióle la villa, según sus constituciones, la cuenta con pago que debía dar; y como de los pobres no había recibido el precio del trigo, le vendieron al piadoso cambrero toda su hacienda, y cinco hijos que tenía se quedaron en la calle, pobres de solemnidad, al amparo de los parientes honrados y acomodados que allí tenían.

La bendición de Dios omnipotente descendió sobre los tales hijos del piadoso limosnero con tan grande abundancia, que en los días del célebre franciscano y pedagogo cristiano Arbiól

los vió a todos decentísimamente acomodados, unos de canónigos de la Santa Iglesia Catedral de Huesca, otro de caballero del hábito de Santiago, y la casa de los pobres, rica y próspera, porque dos salieron con inclinación afectuosa para asistirla, y es una admiración de toda aquella tierra.



Nuestra Señora del Carmen.

Cuando ocurrió el fausto suceso de la venida del Hijo de Dios al mundo, vivían muchos justos varones en el desierto, imitando la austera y penitente vida de Elías y de Eliseo.

Oyendo predicar el santo Evangelio a los apóstoles, al punto siguieron la ley de Cristo, y en el lugar del Monte Carmelo, desde donde vió Elías aquella nubecilla, representación de María Santísima, dedicaron a esta Soberana Señora una capilla, en donde la veneraban devotamente.

Mostróse agradecida la Virgen, apareciéndose allí, acompañada de coros angélicos, el año 1251, llevando un escapulario en las manos, que entregó a su devoto siervo Simón Stok, varón de pureza angelical, que era superior de los hermanos del Monte Carmelo, y con voz amorosa le dijo: «Hijo querido, toma este escapulario de tu Orden, señal de tu cofradía y privilegio singular para ti y tus carmelitas; y todos los que con él muriesen, no padecerán en el infierno. He ahí la señal de la salud, la salud en los peligros y la confederación de la paz y del pacto eterno.»



La blasfemia del pobre.

¡Mendigo, tu blasfemia me estremece!...
deja que olvide a Dios el venturoso:
pero tu labio hambriento y asqueroso,
con renovada fe, bendiga y rece.

Todo, menos tu Dios, le pertenece
al opulento, sano y poderoso:
y el pobre enfermo, triste y haraposo,
de todo, excepto de Dios, carece.

Dios es al cabo el único enemigo
del vano, del audaz, del sibarita;
y la sola esperanza, el solo amigo

del que llora, palidece y necesita...

¡Sin Dios, el universo te anonada!

¡Sin Dios, el rico es Dios y el pobre nada!

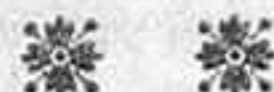
PEDRO A. DE ALARCÓN.



Granitos de oro.

Ruega el pobre por quien da la limosna, y el Espíritu Santo dice que la oración del pobre sube a los oídos del Altísimo Dios, el cual hace juicio: si al pobre le han ofendido, para castigar al ofensor, y si le han socorrido, para dar muchos auxilios y bendiciones del Cielo a quien piadoso le socorrió.

Y cuando el pobre fuese desagradecido y no orase por quien le dió limosna, la misma limosna ruega por él. Por eso dice el Espíritu Santo: Pon la limosna en el seno del pobre, y ella rogará por ti.



La caridad.

ANÉCDOTA

Un día San Serapión encontró dos pobres cubiertos de harapos y yertos de frío. Compadecido en extremo, les dió sus vestidos, quedando en mangas de camisa. De vuelta a su casa le preguntaron si algunos malhechoros le habían despojado.

—No—respondió él—acabo de cumplir con el precepto que dice: «El que tenga dos túnicas, dé una al que no la tiene.»

SANTO DOCUMENTO

El insigne Tobías, entre muchos santos documentos que dió a su amado hijo, fué uno el decirle que de su hacienda diese siempre limosna y jamás apartase la cara de ningún pobre, porque así también Dios Nuestro Señor no apartaría de él su misericordioso rostro.

DIGNO PREMIO

La viuda de Sarepta dió de comer al profeta Elías, y en premio de su piedad y caritativa limosna, oyó del profeta santo que no le faltaría jamás la harina de su casa.

PENSAMIENTO

Dios hace al pobre y le enriquece cuando quiere.

El miserable se pierde y el liberal con los pobres prospera.

MISTERIOSO PROVERBIO

Algunos roban lo que no es suyo y siempre están pobres; y otros dan y reparten sus bienes propios y se hacen más ricos.